

# UN CASTIGO DIVINO: EL VOLCÁN DE JORULLO

---

María del Carmen Carreón Nieto

“muy pronto sería aquella hacienda tragada por las llamas que saldrían de la tierra y luego se enfriaría el aire de tal modo, que quedarían las montañas vecinas eternamente cubiertas de nieves y hielos”.<sup>1</sup>

**T**rasladémonos hasta el año de 1759 a la zona de la Tierra Caliente michoacana ubicada al sureste del obispado; lleguemos a los curatos de La Huacana y Churumuco, y dentro de ellos a los términos de la hacienda de San Pedro Jorullo, una de las más prósperas y extensas plantaciones azucareras de la provincia de Michoacán, propiedad desde 1739 de Andrés Pimentel regidor de la ciudad de Pátzcuaro y encargado del abasto de carnes de Valladolid de 1760 a 1764.

---

<sup>1</sup> Profecías conjuradas por unos misioneros capuchinos contra la hacienda de Jorullo según los informes que logró recabar Alejandro de Humboldt tras la visita que hizo a Michoacán en el año de 1803. Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, (Sepan Cuantos... No.39), México, Editorial Porrúa, 1991, p. 166.



Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Correo electrónico: ccarreonn@hotmail.com.mx

TZINTZUN, Revista de Estudios Históricos, N° 35, enero-junio del 2002.

---

Enclavada en un extenso valle ubicado en la “boca de la Tierra Caliente”, la hacienda contaba con una extensión de poco más de 44, 611 hectáreas, según datos recientes.<sup>2</sup> Comprendía, además, otras haciendas como La Presentación, Puturo, Guadalupe y Oropeo. Numerosos pueblos de indios como los de La Huacana, Sinagua y Churumuco, encontraban en estas haciendas su principal fuente de trabajo.

Corría el verano de 1759. En la hacienda de Jorullo, pese a algunos reveses económicos sufridos, desde 1756 la producción se había mantenido a la alza. Debido a lo anterior, fray Francisco de Ajofrín afirmaba en 1765 que era “la mejor de toda la Provincia”.<sup>3</sup> Al parecer la exportación de productos agrícolas y cabezas de ganado se vio incrementada desde principios del siglo XVII. En la *Relación de la Congregación de la Huacana*, redactada por Baltasar Dorantes de Carranza, se lee: “y respecto de la mucha fruta que en este pueblo se coge, son muy aprovechados y ricos, porque la sacan para Michoacán y otros pueblos de su provincia...”<sup>4</sup> Ahora sabemos que la época de esplendor de la hacienda fue a mediados del siglo XVIII, cuando abastecía a la ciudad de Valladolid.<sup>5</sup>

El casco se localizaba en el sitio conocido con el nombre de Jorullo. En él se ubicaban las construcciones más importantes; sobresalía la grande y “conveniente” casa del patrón que, por supuesto, era el edificio más vistoso y lujoso. En la capilla localizada a un costado se reconocía como patrona a Nuestra Señora de Guadalupe,

---

<sup>2</sup> Esta estimación fue realizada por Ulises Beltrán Ugarte en “La hacienda de San Pedro Jorullo, Michoacán”, estudio publicado en *Historia Mexicana*, No. 104, abril-junio de 1997, pp. 540-575. En él se hace un registro de los cambios producidos en la propiedad de la tierra desde la conformación de la hacienda hasta después de la aparición del Jorullo en sus terrenos. La cita es de la página 552.

<sup>3</sup> Ajofrín, Fray Francisco de, *Diario del Viaje que hizo a la América en el Siglo XVIII*, México, Instituto Cultural Hispano Mexicano, 1964, Vol. 1, p. 173. Si tomamos en cuenta el tipo de suelos que se presentan en dicha comarca y los relatos de los personajes de la época fácilmente entenderemos que la apreciación del fraile debió ser muy cercana a la realidad.

<sup>4</sup> Dorantes, Baltazar de, “Relación de la Congregación de La Huacana”, Ernesto de la Torre Villar, *El Trópico Michoacano. Hombres y Tierras*, México, Sidermex, 1988, p. 214.

<sup>5</sup> Beltrán Ugarte, Ulises, “La hacienda...”, p. 569.

cuya imagen estaba colocada en el lugar superior del colateral y el altar mayor de la capilla, “esplendorosamente dorada por la piedad de otros días y honrada por la asidua devoción de numerosos pueblos”.<sup>6</sup> Ambas construcciones tenían fundamentos de arquería y estribos de cantería que les daban gran firmeza.

También figuraban las instalaciones del ingenio, del trapiche, las calderas, las chozas de los trabajadores y esclavos, los corrales, las trojes, y los almacenes de azúcar. Alrededor se hallaban un buen número de ranchos, pastorías y el pueblo de La Presentación, donde residía el cura párroco y los oficiales de la república de indios. Todo parecía indicar que la expansión de la hacienda era cuestión de tiempo. Su propietario, Andrés Pimentel, se decía satisfecho por los beneficios obtenidos y residía en la ciudad de Pátzcuaro.

No obstante estar asentada en una zona de poca e irregular lluvia y de enfrentar los rigores de un clima caliente y seco, la finca disponía de fuentes fluviales cercanas: los ríos Balsas, Tepalcatepec y La Huacana, lo mismo que numerosos arroyos, riachuelos y canales de riego, estos últimos permitían la irrigación de los campos de cultivo manteniendo húmedas y nutridas las tierras.<sup>7</sup> Muy cerca de ella pasaban dos arroyos -el Cuitimba y el San Pedro- que tuvieron importancia en el momento en que hizo su aparición el volcán. Las corrientes de estos arroyos proporcionaban la fuerza hidráulica que movía los molinos de la caña en el ingenio.

En verano, hacia el mediodía, la temperatura llegaba a subir hasta los 32° centígrados. Las cadenas montañosas que rodeaban el valle impedían la llegada de la brisa de las costas o de los vientos fríos

---

<sup>6</sup> Landívar, Rafael, *Por los campos de México*, (Col. Biblioteca del Estudiante Universitario No. 34), México, UNAM, 1993, p. 23.

<sup>7</sup> La humedad constante y la vegetación abundante del lugar mantenían la capa de *humus* (la capa superior del suelo o mantillo) con un gran espesor que, asociado al tipo de suelo de la región, proporcionaban gran fertilidad a la zona. La región cuenta con suelos de pradera y suelos castaños o *cheshnut*. Los primeros, son aprovechados como pastizales, y los segundos, por sus características hidrográficas y climatológicas, tienen una importante utilización en la agricultura. Ver: Genaro Correa, (Director), *Geografía del Estado de Michoacán. Física, Humana, Económica*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, 1974, tomo I, p. 313.

del norte. Fray Diego Basalenque escribiría que “la tierra es muy doblada... llena de sabandijas y mosquitos, tierra para quien no ha nacido en ella inhabitable...”<sup>8</sup> Sin embargo, por la riqueza de sus tierras y el diligente trabajo de los peones, el panorama que ofrecían las zonas cultivadas, basándonos en los relatos de la época, debió ser un deleite; se veían grandes sembradíos de caña de azúcar; algunos de cacao, otros más de arroz, maíz, trigo, chile, hortalizas, plátano, zapote, naranja. De igual manera se advertían los cultivos de añil y los extensos pastizales, todos ellos rodeados de espesos bosques de pinos y encinos. El ganado mayor y menor pastaba en las vastas y bien provistas tierras de labor. Seis años después de la aparición del volcán, Ajofrín señaló que en algunas partes el pasto era “tan crecido y fresco que aún el día de hoy se conoce en partes su hermosura”<sup>9</sup> y donde las ovejas “erraban a su gusto por selvas y campos abiertos, en compañía de la turba de perros vigilantes que el pastor movía con su cayado, en torno del enorme rebaño”.<sup>10</sup>

En la hacienda se producía especialmente el añil y la caña de azúcar. La ventaja de contar con un sistema de irrigación y la forma escalonada en la que se realizaba la siembra de la caña, al no estar sometida a un calendario natural, mantenía abastecida la hacienda con sembradíos nuevos y maduros durante todo el año, mismos que constantemente requerían de la atención de los agricultores. Tanto las actividades propias del cultivo de la caña de azúcar como son la preparación del terreno, la siembra, la escarda y los beneficios, como las demás ocupaciones que trae consigo el procesamiento de la caña: la molienda, el hervido, la evaporación, la limpieza de las impurezas y la cristalización de la sacarosa, requerían mano de obra permanente, lo que obligaba al hacendado a hacerse de un elevado número de trabajadores durante todo el año. Las fuentes refieren que en la jurisdicción vivían cerca de mil residentes.<sup>11</sup>

<sup>8</sup> Basalenque, Diego de, *Historia de la Provincia de San Nicolás de Tolentino de Michoacán*, (Col. Documentos y Testimonios), Morelia, Balsal Editores, 1989, p. 54.

<sup>9</sup> Ajofrín, Fray Francisco de, *Op. Cit.*, p. 173.

<sup>10</sup> Landívar, Rafael, *Op.Cit.*, p. 22.

<sup>11</sup> “Descripción de la extensión del curato del partido de la Guacana” por el Br. Joaquín Romualdo Ansogorri, vicario de juez eclesiástico del partido de la Guacana, publicada en

Para las tareas del cultivo se utilizaba la mano de obra indígena y de mestizos libres, ya fueran estos últimos residentes de la hacienda o trabajadores eventuales que se contrataban en los pueblos de La Huacana y Churumuco, aunque en algunas ocasiones eran originarios de otros pueblos del obispado. En cuanto a las actividades que tenían que ver con el procesamiento del jugo de la caña -molienda, hervido, refinación, purga, blanqueamiento y secado- es muy probable que las realizaran los esclavos negros y mulatos,<sup>12</sup> pues desde el siglo XVII el rey había prohibido que los indígenas llevaran a cabo este tipo de trabajos. En el ingenio y trapiche también se recurría a los servicios de empleados independientes: administradores, arrieros, cortadores de leña, carpinteros, herreros, albañiles, carreteros y artesanos quienes, en su carácter de trabajadores eventuales, pasaban cortas temporadas en la hacienda.

Las fuentes documentales nos proporcionan pocos datos sobre la vida cotidiana de Jorullo. A pesar de ello, las condiciones de vida y las actividades no parecen diferir mucho de las que se tenían en otras haciendas de la época. En la finca, los días transcurrían bajo un clima bochornoso. Como se mencionó líneas atrás, el termómetro registraba temperaturas de hasta 32° centígrados en el mes de mayo, y la temperatura media anual se mantenía en los 18° centígrados. Las jornadas de sol a sol, hasta bien entraba la noche, eran frecuentes en el ingenio. Los trabajadores del campo estaban expuestos a los piquetes de alimañas como alacranes, escorpiones, tarántulas o podían ser mordidos por víboras de cascabel y coralillos. En los ingenios y trapiches los accidentes se sucedían; muchos trabajadores asignados a los molinos y las prensas quedaban tullidos o perdían la vida. Al

---

Isabel González Sánchez, *El Obispado de Michoacán en 1765*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, 1985, p. 235; Fray Francisco de Ajofrín, *Op.Cit.*, pp. 173, 176.

<sup>12</sup> María Guadalupe Chávez Carbajal menciona que a mediados del siglo XVII en los ingenios y trapiches de la región (Apatzingán, La Huacana, Pinzándaro, Peribán, Tacámbaro, Taretan, Tancítaro y Tuzantla) se utilizaba la mano de obra de más de 700 esclavos negros, sin contar con los que se empleaban en "las estancias de ganado, las plantaciones de añil, cacao y palmeras de coco de esa región". Véase: *Propietarios y esclavos negros en Valladolid de Michoacán (1600-1650)*, (Col. Historia Nuestra No. 13), Morelia, UMSNH/IIH, 1994, p. 94.

término de sus labores, después de rezar el rosario y tomar sus alimentos, los trabajadores descansaban unas pocas horas en sus habitaciones construidas de varas, carrizos y techos de tejamanil.<sup>13</sup>

Muy temprano el toque de las campanas de la capilla anunciaba el reinicio de las labores, un poco antes habían hecho las oraciones matutinas y probado algunos alimentos. Al medio día, durante las horas en que más calienta el sol, las actividades se suspendían y los trabajadores aprovechaban para realizar otras ocupaciones. El tañido de las campanas al anochecer significaba para los agricultores la hora de rezar el rosario, recibir la segunda comida del día y retirarse a descansar. Los que laboraban en el ingenio no cumplían el mismo horario pues sus jornadas se extendían hasta bien entrada la noche.

Los trabajadores no tenían muchas distracciones, sólo las que proporcionaban los días de fiesta y aún en esos días se les mantenía ocupados en servicios religiosos como: asistir a misa, al viacrucis, al rezo y a la doctrina. La monotonía y el desgano propio de los que no tienen otra opción que aceptar las duras condiciones de vida, marcaban su existencia. Muchos trabajadores de haciendas azucareras en la Nueva España permanecieron hasta el último de sus días en una situación similar a la narrada, sin embargo, los de la hacienda de San Pedro de Jorullo vivieron una experiencia que trastornaría sus vidas.

Todo comenzó hacia el mes de junio de 1759, cuando se escucharon intensos ruidos subterráneos y se sintieron ligeros temblores de tierra. Desde abril se habían advertido algunos movimientos telúricos, percibiéndose “rumores y estruendos” en la región, pero como los temblores habían sido de pequeña intensidad y en la comarca ya estaban acostumbrados, no representaron mayor motivo de preocupación.<sup>14</sup> De cualquier manera, los operarios de la

---

<sup>13</sup> Este tipo de construcciones se utiliza mucho en las zonas de clima caliente por la ventilación que permiten, aunque también se utilizaban las construcciones de paredes de adobe con cubiertas de paja. Ver: Baltazar de Dorantes, *Op. Cit.*, p. 214.

<sup>14</sup> La Asociación Sísmica Internacional ha clasificado las regiones donde se presentan movimientos tectónicos en tres bloques. La *zona sísmica*, donde los temblores son frecuentes y

hacienda informaron a Andrés Pimentel de lo sucedido. El dueño de la hacienda corroboró la información y mandó hacer excavaciones en el terreno, pues consideraba que la causa de los estruendos podía ser una corriente subterránea, la cual pensaba aprovechar “pero a poco más de tres varas de profundidad se vio que el terreno estaba hueco, formando una especie de bóveda y que se cimbraba en un espacio muy considerable y esta circunstancia fue bastante para inspirar temor al dueño y hacerle desistir de su empresa”.<sup>15</sup> A finales de junio el ambiente estaba impregnado de un aroma azufroso (hidrógeno sulfurado), mientras que los ruidos subterráneos, “por su extraordinario sonido, como por percibirse debajo de la propia situación de la dicha hacienda...” provocaron el temor y la angustia en los habitantes.<sup>16</sup>

causan grandes daños, comprende regiones donde ha habido movimientos telúricos en el mioceno, plioceno y pleistoceno. En la *zona penisísmica*, los temblores son de poca intensidad y poco frecuentes, “coincide con regiones donde existieron fenómenos tectónicos y orogénicos durante el oligoceno y plioceno, es decir, el sistema volcánico transversal, y por lo tanto, se debe considerar que la parte norte de Michoacán corresponde a la altiplanicie o a la depresión del río Lerma dentro de esta zona”. Finalmente, en la *zona asísmica* los temblores prácticamente no se presentan o si lo hacen su intensidad es muy reducida. La mayor parte del territorio michoacano se ubica en la zona sísmica (sureste); la parte norte del estado quedó comprendida en la zona penisísmica, por lo tanto se entiende que el territorio michoacano está sujeto a una actividad sísmica considerable. Los fenómenos tectónicos se manifiestan como movimientos telúricos o de vulcanismo. Este último caso se presenta sobre todo en el Sistema Volcánico Transversal o Cordillera Neovolcánica, es decir, en la parte norte del estado, pues es ahí donde lo cruza, a la altura de los 19°. Por otra parte, en Michoacán se encuentra un importante número de focos sísmicos, “lo que explica la frecuencia de temblores en su territorio ya sea por epifocos continentales o por propagación de las vibraciones de los focos del Pacífico”. Los epicentros que a lo largo de la historia han causado más daños se localizan en los municipios de Aquila, Coalcomán, Chinicuila, Tepalcatepec, Aguililla, Tumbiscatío, Arteaga, Coahuayana y La Huacana. Es de notar que en la región de La Huacana, a pesar de ser una zona con importante actividad tectónica, no había registros históricos de los sismos. Pero los habitantes de la región tenían la “conciencia” de vivir en una demarcación sísmica, al parecer estaban acostumbrados a los movimientos telúricos en la región, no se preocupaban porque no eran muy fuertes y “contaban con la protección de los santos y la Virgen María”. Otras zonas que también se vieron afectadas por los sismos fueron Valladolid, Pátzcuaro, Santa Clara, Colima y, por supuesto, las colindancias de La Huacana. En torno al vulcanismo en Michoacán, consúltese: Genaro Correa Pérez, *Op.Cit.*, pp. 152-157.

<sup>15</sup> Testimonio citado en Virginia García y Gerardo Suárez, *Los sismos en la historia de México*, México, UNAM/CIESAS/FCE, 1996, tomo I, p. 32.

<sup>16</sup> En el *Diccionario Universal*, Manuel Orozco y Berra reproduce en gran medida dos informes sobre lo ocurrido en Jorullo. El primero, redactado por el alcalde mayor de Michoacán Martín

Andrés Pimentel se vio en la necesidad de informar a las autoridades de Pátzcuaro lo que estaba ocurriendo. Isidoro Molina, padre del Colegio de la Compañía de Jesús, reconocido por su instrucción, fue enviado a inspeccionar la zona. La conclusión fue que se estaba formando una abertura volcánica, así lo informó al propietario y a los administradores de la hacienda.<sup>17</sup> Esta explicación hubiera bastado para entender el origen de tales fenómenos, sin embargo no se sabe de dónde ni cómo comenzaron a esparcirse entre los operarios y trabajadores de la hacienda ciertos rumores acerca de unas profecías conjuradas por unos misioneros contra Jorullo. En adelante esa fue la explicación que se dio a los infortunios. En agosto los temblores arreciaron, los retumbos eran estremecedores y la gente estaba convencida del inefable cumplimiento de las profecías; creían que éstas se cumplirían en un plazo cercano, lo que provocó el pánico general, no sólo en la hacienda sino en toda la región.

En Pátzcuaro, distante de Jorullo como 14 leguas,<sup>18</sup> relata Ajofrín, vivían “asombrados, pues las montañas vecinas hacían horribles los estruendos y temibles los terremotos”. Además, se tenía todo preparado para evacuar a las monjas de clausura dominicas, y para que los residentes de la ciudad dejaran sus casas en el momento oportuno. Las minas de cobre de Inguarán, propiedad real, ubicadas a cinco leguas de la hacienda, fueron abandonadas debido a los frecuentes derrumbes y la emanación de gases tóxicos por las grietas ubicadas en las profundidades de la tierra. Se sabía de la muerte de algunos operarios, y a pesar de los castigos nadie quiso volver a sus actividades. En la zona epifocal -Jorullo-, fue donde se resintieron más los fenómenos tectónicos, de tal suerte que el pavor se apoderó de sus residentes.

---

de Reinoso Mendoza y Lupado, enviado en 1759 al virrey marqués de las Amarillas, se refiere a la aparición del volcán. El segundo, elaborado por el administrador de la hacienda de Jorullo, Manuel Román Sayagoa, a petición del mismo alcalde mayor. En ambos informes se describen minuciosamente las transformaciones acaecidas en el valle de Jorullo. Véase: Manuel Orozco y Berra, *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, México, Tipografía de Rafael/Libería de Andrade, 1854, tomo IV, pp. 453-458.

<sup>17</sup> García, Virginia y Gerardo Suárez, *Op.Cit.*, p. 132.

<sup>18</sup> Una legua equivale a 5,572.7 metros.



Soportar los calores intensos, las pesadas labores, el riesgo de las sabandijas, la desesperanza por las condiciones difíciles, era preferible a lo que sufrieron a partir de junio de 1759. Ahora vivían con una amenaza constante. Todo se había transformado, reinaba el temor, la incertidumbre, la inseguridad. De repente se escuchaban ensordecedores estruendos “que de instante a instante se repetía(n), pareciendo que tiraban una andana de cañones en el centro de la tierra”,<sup>19</sup> o la tierra se estremecía bajo los pies de los trabajadores “de modo que no es posible afirmar la planta; se doblan las rodillas y el suelo huye intolerante de nuestras pisadas”.<sup>20</sup>

Imaginémonos por unos momentos la situación de los lugareños. Cuando ocurría un temblor suspendían aterrorizados sus labores, algunos corrían aterrados a la capilla en busca de protección divina, otros caían arrodillados clamando misericordia a Dios, los menos creyentes buscaban seguridad en los montes vecinos, donde pensaban nada pasaría. Al terminar el temblor o estruendo volvían a sus actividades con la inquietud del ¿cuándo volverá a suceder? Más tarde se entregaban a un sueño ligero y poco reparador, con la preocupación de que durante la noche ocurriera algo; los sentidos permanecían en un estado constante de vigilia.

¿Porqué ante estos apocalípticos sucesos los moradores de Jorullo no abandonaron la hacienda? La respuesta la encontramos en las profecías. Aunque las fuentes de la época difieren en algunos aspectos, hay ciertos puntos en común. El informe del alcalde mayor de la provincia Martín de Reynoso dirigido al virrey marqués de las Amarillas, la fuente más cercana a los acontecimientos, sólo comenta que sin saber cómo, cuándo, ni dónde, de pronto se esparció el rumor de que el día de San Miguel, el 29 de septiembre, se acabaría la hacienda, sin explicar la causa.

El padre Landívar, por su parte, lo relataría con más imaginación y dramatismo. Según él, el autor de las profecías fue un anciano pobremente vestido que un buen día llegó a la hacienda y vio la

---

<sup>19</sup> Orozco y Berra, Manuel, *Op. Cit.*, p. 453.

<sup>20</sup> Landívar, Rafael, *Op. Cit.*, p. 25.

opulencia "...empapando las palabras de tristes suspiros habló así: 'un tiempo vendrá crudelísimo, después que la luna haya cumplido siete vueltas y el otoño igualado las oscuras noches y los días, en que Vulcano soltará desenfrenados furores sobre estas campiñas y el valle quede consumido por el fuego. Contemplo cómo ruedan por el llano los ígneos peñascos, pavorosos peñascos y al Jorullo sumergido en vasta ruina'. Esto dicho, el viejo con presuroso pie se alejó de los azorados labradores..."<sup>21</sup>

Ajofrín atribuyó las profecías a un par de padres misioneros "crucíferos" franciscanos, que habían estado predicando en la hacienda en 1757. Éstos fueron testigos de la situación pecaminosa que reinaba, sobre todo debida a la proliferación de bebidas prohibidas que el obispo había condenado ese mismo año, por medio de una circular. El hacendado por no ver lesionados sus intereses económicos, pasó por alto dicha disposición. Los franciscanos se molestaron sobremanera y profetizaron que "en castigo de las culpas de aquellos habitantes se había de destruir todo el valle con fuego en un día de San Miguel". También se rumoraba de que los conjuros habían tenido su origen en las conductas pecaminosas del dueño "poco decorosas y claramente ofensivas a la reputación y crédito del dueño de la hacienda, que no refiero por no manchar la pluma".<sup>22</sup>

Finalmente, Humboldt narra cómo en compañía de Bonpland, Vicente Legorburu y Ramón Espelde se hospedaron en una choza de Jorullo, en septiembre de 1803. Los miembros de la expedición, que se disponían a realizar un reconocimiento del volcán, escucharon del dueño de la choza que las profecías habían salido de unos ofendidos misioneros capuchinos que predicaban en San Pedro, y que no habían sido bien recibidos por los habitantes de la región. Humboldt expresó de manera irónica: "quién sabe si fue porque habían comido menos bien de lo que esperaban". En el *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, después de narrar los cambios geológicos ocurridos en

---

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 23.

<sup>22</sup> Ajofrín, Fray Francisco de, *Op. Cit.*, p. 174.



El volcán de Jorullo. Tomado de Alexander von Humboldt. *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, México, Siglo Veintiuno Editores, lámina 43.

el área a consecuencia de la erupción del volcán, al referirse a si las sentencias habían sido motivo del surgimiento del mismo, comentó en tono sarcástico de que si el volcán había sido “obra de frailes, (sería) la mayor sin duda que haya salido de sus manos en ambos hemisferios”. La secularización del pensamiento, en boga en Europa por esta época, quedó de manifiesto en el siguiente comentario: “la activa industria de una clase de hombres, que abusando con demasiada frecuencia de la credulidad del pueblo y fingiendo tener la facultad de suspender las leyes inmutables de la naturaleza, saben aprovecharse de todo para fundar su imperio sobre el temor de los males físicos”.<sup>23</sup>

En todo caso, las profecías eran muy claras: el día sería el 29 de septiembre; el lugar, la hacienda de Jorullo; el castigo, la destrucción por el fuego. Conforme avanzaba el tiempo se hacían más evidentes las manifestaciones volcánicas. Los trabajadores comenzaron a construir casas en los montes cercanos, aconsejados quizá por el cura o probablemente obligados por el administrador Manuel Román Sayago; solamente bajaban a realizar su jornada de trabajo y, una vez terminada, se volvían aterrados a sus refugios, no fuera que la divinidad se equivocara y decidiera adelantar el castigo.

El inicio del fin comenzó el 17 de septiembre a las nueve de la mañana. Encontrándose en plenas labores, los trabajadores escucharon de pronto un estruendo; comenzó un temblor que cuarteó la casa del patrón y la capilla (donde ya se encontraban muchos clamando misericordia). El movimiento echó por tierra numerosas habitaciones y chozas. Los habitantes de Jorullo huyeron despavoridos a los montes de donde se rehusaron a bajar, a pesar de las amenazas del administrador.

La noticia de los movimientos telúricos había sido del conocimiento de Pimentel desde hacía algún tiempo, no obstante éste no había mostrado preocupación alguna. Después del temblor del 17 de septiembre, que demostró que las sentencias no eran obra de

---

<sup>23</sup> Humboldt, Alejandro de, *Op. Cit.*, p. 166.

fanáticos ni extremistas, Pimentel recurrió al único remedio que podría “evitar” la destrucción: la intervención de los sacerdotes, para que como representantes de Dios en la Tierra ejercieran su poder sobre la naturaleza; si las sentencias habían sido conjuradas por hombres de Dios, solamente la intercesión de estos mismos poderes detendría tan fatídico destino. El propietario solicitó entonces a Isidoro Molina, miembro del Colegio de la Compañía de Jesús de la ciudad de Pátzcuaro, probablemente su amigo, que se trasladara a Jorullo y celebrara misas de rogación y “otros actos de penitencia y clamor para aplacar la ira divina”,<sup>24</sup> infundiera ánimo en los amedrentados pobladores y los convenciera de volver al trabajo.

El padre Molina llegó el 20 de septiembre. De inmediato comenzó a predicar y a rezar un novenario. Tras muchos esfuerzos logró que los habitantes bajaran a la capilla para celebrar la misa y comulgar; les habló de la protección de Santa María de Guadalupe para aplacar la ira de Dios. Mediante misas, novenarios, procesiones, ayunos, penitencia y comunión, los lugareños decidieron regresar al lugar maldito. Transcurrieron los días y finalmente llegó el 28 de septiembre, era de noche pero los pobladores no podían conciliar el sueño.

Esa misma noche se sintieron tres intensos temblores, que anunciaban la inminente catástrofe; las oraciones no habían surtido el efecto deseado. A las tres de la mañana del día del arcángel San Miguel, se oyó un fortísimo retumbo a poca distancia de la hacienda. En la cañada de Cuitzinga (lugar ubicado al oriente del casco de la hacienda, a un cuarto de legua) la tierra se abrió con gran estrépito, dejando escapar una intensa humareda negra que rápidamente comenzó a elevarse al tiempo que grandes cantidades de rocas fueron lanzadas con fuerza a los cielos y unas enormes llamas de fuego salieron de la “reventazón” y alumbraron el “horrorizante espectáculo”.<sup>25</sup> Desde sus refugios en los montes, alrededor de mil

<sup>24</sup> Orozco y Berra, Manuel, *Op. Cit.*, p. 453.

<sup>25</sup> Según los geólogos, un volcán es un conducto que conecta la superficie terrestre y la zona de magma dentro de la tierra. Una erupción volcánica o el nacimiento de un volcán se originan cuando por la actividad de las zonas de subducción del planeta las placas tectónicas entran

personas fueron testigo de la furia de un “Dios enojado” por los pecados cometidos en el valle; sintiéndose más indefensos que nunca, siguieron a su pastor como ovejas arrepentidas y tiritando de miedo bajaron a la capilla para oír misa. Recogidos en el oratorio pasarían mucho tiempo, no sabrían bien cuánto, pues a pesar de que era de mañana pasaban y pasaban las horas y el sol no salía; el vapor negruzco, el polvo y las cenizas despedidas pronto cubrieron la atmósfera.<sup>26</sup> La tierra continuaba tronando y temblando. Las inmensas llamaradas eran la única luz y pronto una intensa lluvia de agua, arena, lodo y rocas comenzó a caer, al tiempo que un insoportable olor a azufre impregnaba el ambiente.<sup>27</sup>

---

en contacto quedando una de ellas atrapada debajo de la otra, provocando un incremento en la temperatura y la presión dentro de la corteza terrestre, expulsando los líquidos hacia la superficie y fundiendo las rocas de las capas que se encuentran encima. La roca fundida o magma sale a la superficie por el punto más débil de la corteza, a menudo de manera explosiva por la liberación de los gases contenidos en el magma como son el bióxido de azufre, bióxido de carbono y flúor.

<sup>26</sup> Entre los materiales arrojados en una erupción volcánica tenemos las nubes ardientes (ceniza incandescente mezclada con vapor y otros gases); las rocas piroplásticas se clasifican por su tamaño, como son las bombas -rocas en forma de lágrima- los bloques parte del antiguo cono solidificado del volcán- *lapilli* o escorias; la ceniza y la lava. Si durante una erupción el polvo es arrojado a la atmósfera superior puede permanecer ahí durante meses, recorriendo grandes distancias. El 8 de junio de 1783 el Laki, en Islandia, al hacer erupción provocó que grandes cantidades de polvo volcánico subieran a la atmósfera superior llegando a finales de junio hasta Inglaterra y norte de África; con los gases emanados del volcán se formó una neblina que redujo la llegada de los rayos solares a la tierra y a ésta se atribuyó el duro invierno que se registró ese año. El fenómeno se volvió a registrar en 1815 con la erupción del Tambora, en la isla de Java. Aunque en menores proporciones este fenómeno se registró en Jorullo, pues el polvo arrojado obscureció por muchos días la zona y llegó hasta ciudades tan apartadas como Valladolid, Querétaro y Guanajuato. Leet y Judson, *Fundamentos de Geología Física*, México, Editorial Limusa, 1974, p. 57.

<sup>27</sup> El olor a azufre está asociado en estos fenómenos, además de los gases provenientes del interior de la tierra y a los materiales arrojados al momento de la erupción, a las acciones químicas generadas por las descargas eléctricas atmosféricas (rayos y relámpagos) que por la electrificación de las nubes, por la ionización del aire y la condensación del vapor de agua se originan al momento de algunas erupciones volcánicas. Los efectos del rayo se pueden dividir en mecánicos, físicos, biológicos y químicos. Entre las acciones químicas de las descargas atmosféricas tenemos la transformación del oxígeno en ozono, proceso que está caracterizado por un fuerte olor a azufre que se percibe en las proximidades de la descarga. *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana*, Madrid-Barcelona, Espasa Calpe, 1999, tomo 69, pp. 1291-1329.

Durante la misa la lluvia se transformó en una tormenta eléctrica. Los vecinos se percataron que caía del cielo agua revuelta con arena y lodo; asombrados se dieron cuenta de que el lodo había cubierto todo el suelo y gran parte de las oficinas y construcciones de la hacienda. Los techos comenzaron a venirse abajo. En la casa grande y la capilla se filtró el agua y el lodo, dándole un lastimoso aspecto a las otrora lujosas edificaciones. Los moradores abandonaron Jorullo y regresaron a sus refugios, unos al cerro de Cuarallo y otros al Aguasarca. Desde ahí, con la claridad que las grandes llamas arrojadas por el volcán proporcionaban, se dieron cuenta que los ríos Cutimba y San Pedro, así como la mayoría de los arroyuelos que alguna vez saciaron la sed de hombres y animales y mantuvieran húmedo y fértil el extenso valle, habían desaparecido.<sup>28</sup> En su lugar habían brotado grandes manantiales de agua azufrosa. Las personas caminaban por la obscuridad, en suelo lodoso y resbaladizo, en tanto que los retumbos y temblores no cesaban y la lluvia de rocas continuaba.

En los días subsecuentes, la mayoría de los habitantes vagaba por las tierras y montes buscando alimentos. La lluvia y la ceniza habían provocado la pérdida de los cultivos, las sementeras y los cañaverales; las arboledas que no se habían incendiado por el paso de la lava se encontraban cubiertas de lodo. La mayoría de las cabezas de ganado murió de hambre y sed, otra parte quedó atrapada al pie del volcán y pereció quemada por la lava, las altas temperaturas, y los manantiales y arroyos termales que les cerraban el paso. También había desaparecido el agua potable pues, como ya se mencionó, casi

---

<sup>28</sup> Según algunos vulcanólogos, el agua juega un papel muy importante en una erupción volcánica y en otras manifestaciones volcánicas; cuando el magma va ascendiendo a la superficie terrestre el agua se separa de los otros componentes en forma de vapor, quedando sobre ellos. Si el conducto volcánico o chimenea está obstruido se acumula, y cuando la presión ya no puede ser contenida sobreviene una explosión. Así, entre menos agua tenga el magma, éste será más viscoso y fluirá hasta la superficie con mayor lentitud hasta detenerse y, finalmente, obstaculizar el conducto. La abundancia de agua subterránea, como fue el caso de Jorullo, provocó muchas explosiones menores. Otros vulcanólogos explican la fluidez de las lavas por el alto o escaso contenido de  $\text{SiO}_2$  (ácidas o silíceas) que le otorgan viscosidad a la roca fundida. Leet y Judson, *Op. Cit.*, pp. 56-57.

todos los manantiales se habían convertido en aguas termales o estaban “infectas de materias sulfúreas y espesas de arenas”.<sup>29</sup>

Obligada por las circunstancias, la gente se organizó y bajó en grupos a los pocos almacenes de la hacienda que no estaban del todo perdidos, con el fin de obtener víveres. Estas tareas las llevaron a cabo con “inmenso trabajo, miedo y sobresaltos”.<sup>30</sup> No sólo había que caminar por el lodo en medio de la obscuridad, sino sortear la lluvia de piedras, los manantiales termales y la gran cantidad de pequeños conos volcánicos que surgieron arrojando vapor caliente, conocidos posteriormente con el nombre de hornitos.<sup>31</sup> A lo anterior agréguese el hurto y la rapiña, como sucedió en Tamacuaro y La Huacana donde muchos se abalanzaron en contra de las casas curales “desarraizando puertas y ventanas y llevándose el corto menaje que habían dejado encerrado de su uso y algún maíz, pasando a ejecutar lo mismo a la iglesia del hospital arrancando los aldabones de la puerta de dicha iglesia del hospital, llevándose los cuadros del colateral, como asimismo los aldabones de la parroquial...”<sup>32</sup>

Muchos permanecieron al lado del padre Molina y del administrador, implorando el perdón y la clemencia divina; otros, los más temerosos y decididos, vieron en este suceso la oportunidad de buscar una vida nueva en otro lugar. Lo cierto es que en los lugares más afectados la población “se desperdigó y andan vagueando todos los operarios y demás moradores que habitaban Jorullo, La Presentación, La Guacana y demás parajes de su territorio, descarriados por varias partes donde de muchos se ignora su rumbo”.<sup>33</sup>

<sup>29</sup> Orozco y Berra, Manuel, *Op. Cit.*, p. 456.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 455

<sup>31</sup> Humboldt menciona que eran miles de pequeños conos surgidos en la zona del malpais, semejantes a hornos de panadero que medían entre 4 y 9 pies, formados por esferas basálticas descompuestas y que se les dio el nombre de hornos u hornitos por “la circunstancia de que en todos ellos las columnas de humo no salen del vértice, sino de aberturas laterales...”. Alejandro de Humboldt, *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*, Madrid, Imprenta Gaspar y Roig Editores, 1875, p. 276.

<sup>32</sup> “Descripción de la extensión del curato del partido de la Guacana” por el Br. Joaquín Romualdo Ansogorri, vicario de juez eclesiástico del partido de la Guacana, en Isabel González Sánchez, *Op. Cit.*, pp. 236-237.

<sup>33</sup> Orozco y Berra, Manuel, *Op.Cit.*, p. 457.



Con el paso del tiempo el infortunio se extendió por toda la comarca. Jorullo había pagado el precio de múltiples “pecados secretos y escandalosos”, según palabras del obispo de Michoacán Pedro Anselmo Sánchez de Tagle.<sup>34</sup> Aunque las profecías nada decían de otros lugares, pronto llegó el turno a otras haciendas y ranchos. La primera fue La Presentación, situada a dos leguas al poniente de Jorullo; a ella llegaron, esparcidas por el viento, las cenizas y arenas del volcán y un “borbollón de arenas calientes”,<sup>35</sup> que acabaron con sus cañaverales y tierras de labor. Lo mismo sucedió con el pueblo de indios de La Guacana, distante de La Presentación media legua, de donde huyeron los habitantes con todas sus pertenencias e imágenes de la iglesia. El párroco los guió hasta el pueblo de Santa María Tamacuaro, donde residían todavía en 1813. Más tarde el pueblo fue refundado, aunque en un lugar diferente.<sup>36</sup>

Las haciendas “de hacer azúcar” de Santa Efigenia, Nombre de Dios y Puruarán Viejo, a cuatro y cinco leguas de distancia de Jorullo, así como las minas de cobre de Inguarán, también resintieron los efectos volcánicos; las arenas y cenizas cubrieron las sementeras y cañaverales y en no pocas ocasiones las tormentas eléctricas causaron alarma entre la población. El éxodo de operarios y trabajadores de haciendas de ganado mayor como Oropeo, Guadalupe, Zicuiran, Conguripo y Guatziran, localizadas a diez y doce leguas, fue manifiesto.

En todos esos lugares eran frecuentes las lluvias de lodo, el caer de cenizas y el oscurecimiento del cielo, amén de los temblores y estremecimientos. De igual manera se vieron afectados Tarímbaro, Capacuaro, Celaya, Ario, Pátzcuaro, Valladolid y Querétaro. Ajofrín relata lo ocurrido en Valladolid: “no se registró el sol en diez días; en Pátzcuaro duraron por más tiempo las tinieblas. Las cenizas llegaron a Querétaro y aún más allá, y en todas partes no se oían sino rogativas

<sup>34</sup> Archivo Histórico Casa de Morelos, (en adelante AHCM), fondo: Diocesano, sección: Gobierno, serie: Mandatos/Circulares, Exp.23, 1759.

<sup>35</sup> Que por las descripciones pudieron ser nubes ardientes.

<sup>36</sup> Martínez de Lejarza, Juan José, *Análisis estadístico de la Provincia de Michoacán, 1822*, Morelia, Fimax Publicistas, 1974, p. 98.

públicas y gemidos al cielo, pensando ser ya llegada aquella última hora".<sup>37</sup>

Sumidos en las tinieblas, sin refugio ni víveres, temerosos por los temblores y estruendos, el administrador Sayago, el padre Molina y más de 150 personas se pusieron de acuerdo para rescatar a la Santísima Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe que habían olvidado tras su huida. El 14 de octubre bajaron en cumplimiento de tan noble empresa. De pronto "por el gran estrépito que volvió a causar el volcán" debieron regresar a toda prisa para ponerse a salvo. Al día siguiente regresaron, esta vez con mejor suerte; lograron salvaguardar la imagen ilesa, con su marco entero. Por desgracia los retablos estaban destruidos "y el colateral perdido y desdorado por el remojo en que estuvo con las continuas goteras que manaron por el artesón... a causa de haberlo desencuadrado los pretéritos terremotos y hallarse sumamente cargado de arena en su cubierta...".<sup>38</sup> La comitiva regresó con su preciado trofeo e inició una procesión rumbo al cerro de Cuarallo, donde se encontraban alojados.

Lo ocurrido no había destrozado ni siquiera dañado en lo más mínimo la venerada imagen. José de Arriaga bachiller de la hacienda del Nombre de Dios, acompañado del administrador, bajó a mediados de noviembre hasta el sitio donde estaban construidas las casas de la ex hacienda, con el fin de "exorcizar" el volcán. Sin embargo, no logró su cometido "a causa de haberles hecho salir huyendo apresurados, un nuevo, tempestuoso y formidable ruido de dicha boca; y habiéndose retirado otra media legua más, le exorcizó desde un alto con el conjuro de tempestades". Lo único que resultó de dicha acción, según lo registrado por Sayago en su informe, fue que el volcán "amaneció más furioso".

Nada parecía detener la violencia del volcán. Por el contrario, casi dos meses después los perjuicios parecían ir en aumento: una franja de tierra de alrededor de doce leguas de circunferencia se

---

<sup>37</sup> Ajofrín, Fray Francisco de, *Op.Cit.*, p. 177.

<sup>38</sup> Orozco y Berra, Manuel, *Op.Cit.*, p. 456.

hallaba en ruinas; haciendas, ranchos y pueblos de indios desamparados; numerosos indígenas de los pueblos de La Huacana, San Miguel Sinagua y Tamacuaro lo habían perdido todo y vivían arrimados en pueblos cercanos. Estas sombrías noticias motivaron al obispo de Michoacán Pedro Anselmo Sánchez de Tagle a buscar una solución al problema. En principio, procuró mitigar la situación enviando una limosna de 600 pesos al curato afectado; perdonó a los indígenas los derechos parroquiales y el servicio personal, e intervino ante el Real Acuerdo para que se les eximiera del pago de tributos reales.<sup>39</sup>

Sin embargo, consciente de que el remedio no estaba en las acciones humanas, consideró necesario recurrir a la intercesión divina. Así, con fecha de 19 de noviembre de 1759, envió una circular a todos los curas del obispado en la que les ordenaba, a ellos y a los regulares de sus parroquias, que llevasen a cabo deprecaciones a las devociones cristianas a las que su fervor más les inclinara, para implorar y detener la furia divina.<sup>40</sup>

---

<sup>39</sup> "Descripción de la extensión del curato del partido de la Guacana" por el Br. Joaquín Romualdo Ansogorri, vicario de juez eclesiástico del partido de la Guacana, en Isabel González Sánchez, *Op.Cit.*, p. 237.

<sup>40</sup> Las deprecaciones como liturgia penitencial fueron establecidas por el obispo de Vienne San Mamerto en el año 470, debido a los temblores e incendios que continuamente azotaban la región. La noche de Pascua de ese año, al iniciarse los santos misterios, comenzó un terrible incendio en el edificio del Ayuntamiento. Los fieles salieron corriendo e intentaron apagarlo, dejando al obispo solo en la catedral. Al hacer oración San Mamerto ofreció a Dios establecer todos los años rogaciones o deprecaciones públicas y procesiones en su diócesis si los libertaba de las calamidades; el incendio se apagó y al volver los fieles a la iglesia el obispo les comunicó su promesa, fijando el tiempo para las rogaciones tres días antes de la fiesta de la Ascensión. Varias diócesis imitaron su ejemplo: en 1511 el Concilio de Orleans ordenó que las rogaciones se observaran en toda Francia, de ahí pasaron a España. El papa León III las estableció en Roma a fines del siglo VIII, "la práctica constante de toda la iglesia católica por lo que mira a las rogaciones ha sido... servirse de las letanías para pedir a Dios por la invocación de los santos y por su intercesión, la remisión de los pecados, los socorros necesarios así espirituales como corporales, la paz de la iglesia y del estado, la conservación de los frutos de la tierra y que aparte el Señor de nosotros todo lo que puede dañarnos o conturbarnos...", incluían la procesión por el lugar afectado, el canto de las letanías de los santos y la eucaristía. Juan Croisset, *El Año Cristiano o Ejercicios Devotos Para Todos los Días del Año*, París, Garnier Hermanos Editores, 1877, tomo sexto, p. 509; Tomás Parra Sánchez, *Diccionario de Liturgia*, México, San Pablo, 1996, p. 149.

Sánchez de Tagle valoró los daños provocados y preocupado por la posibilidad de que éstos se extendieran por todo el obispado, consideró que era un problema común al que todos los habitantes estaban obligados a buscar solución. Entonces ordenó las deprecaciones, es decir, invocar la intervención de Dios. Para incentivar la participación, concedió cuarenta días de indulgencia a los que asistieran a los actos religiosos; indulgencia plenaria el día en que estuviera expuesto el Santísimo Sacramento y otros cuarenta días a aquellos que velaran al Santísimo. Lo anterior se tradujo en un elevado número de penitentes arrepentidos.<sup>41</sup> A los curas les pidió un informe de las acciones ejecutadas. Varios de esos informes -33, para ser más exactos- han podido ser revisados por la responsable de estas líneas. La información que contienen nos ha permitido rastrear las principales devociones en algunos lugares del obispado, y las oraciones que se elevaban al Supremo Hacedor en situaciones de desastre.<sup>42</sup>

Las deprecaciones se llevaron a cabo en la mayoría de los curatos, de diciembre de 1759 a marzo de 1760. Sin embargo, como en todo, la excepción hizo la regla, en algunos de ellos se realizaron hasta junio o julio de 1760 y en otros ni se efectuaron. Por lo general siguieron un orden. En primer lugar, el cura comunicaba el mandamiento del obispo en domingo durante la *Inter Miss Misary Solemnia* (misa solemne). Una vez dada a conocer la circular y establecida la fecha para las rogaciones se tocaban las campanas a rogativas<sup>43</sup> el día señalado; luego

<sup>41</sup> Indulgencia es la remisión ante Dios de la pena temporal por los pecados, ya perdonados en cuanto a la culpa, que un fiel dispuesto y cumpliendo determinadas condiciones consigue por mediación de la Iglesia. Ésta, como administradora de la redención, distribuye y aplica con autoridad el tesoro de las satisfacciones de Cristo y de los santos. *Nuevo Diccionario de Liturgia*, España, San Pablo, 1984, p. 2098.

<sup>42</sup> AHCM, fondo: Diocesano, sección: Gobierno, serie: Mandatos/Circulares, Exp. 23, 1759.

<sup>43</sup> El toque de campanas ha sido utilizado en el cristianismo desde los siglos II y III, con distintos significados. En el siglo VIII las campanas eran consideradas un objeto sagrado y su toque equivalía a un exorcismo, pues con él se alejaba a los malos espíritus. Después señalaba la convocatoria para la asamblea e incluso revestía cierto simbolismo, al considerársele voz, doctrina y revelación. Su toque ha recibido nombres diversos de acuerdo a los momentos y forma de ejecutarse: repicar, llamar, doblar, dar clamores, tocar a duelo, dar el Ángelus, a rogativas, etc. Tomás Parra Sánchez, *Op. Cit.*, p.37.

comenzaban las procesiones con los santos patronos del lugar. En Zitácuaro, por ejemplo, se paseó a la Virgen de los Remedios; en Guanajuato, a la de Guanajuato; en Cuitzeo, al Cristo Crucificado; en Valladolid, a San José y a la Virgen de Guadalupe. En el partido se acostumbraba dedicar novenarios a las imágenes de mayor devoción. Después de estos ejercicios venía la misa solemne y la exposición del Santísimo Sacramento; en estas prácticas tenían lugar oraciones, sermones o pláticas edificantes y de arrepentimiento, con base en pasajes específicos del Evangelio. En los domingos de Cuaresma, periodo en el que se realizaron la mayoría de las rogativas, era común escuchar el rosario, la Corona de la Virgen, las letanías (mayores, de la Virgen - o de alguna de sus advocaciones- o las del Señor Sacramentado). También se rezaban la Salve, Vísperas, la Via Sacra o Viacrucis, la Tota Pulchra, las preces del ritual romano y la oración de la noche.

Las procesiones, como todos los ritos religiosos, tenían un orden y un sentido, de acuerdo a los cánones de la Iglesia católica.<sup>44</sup> Este tipo de manifestaciones, como parte de las deprecativas, las hemos dividido en dos tipos: las de rogación y las de sangre. En las primeras se recitaban o cantaban las letanías de los santos, las lauretanias; se rezaba el rosario y el Viacrucis. En cuanto a las segundas, hay que señalar que se utilizaban instrumentos de flagelación corporal para conmovier más al creador.

Las procesiones de rogación fueron las más frecuentes en el obispado. En los curatos de La Piedad, Zinapécuaro, Capacuaro, Río Verde, Taretan, Zamora, Chamacuero, San Miguel el Grande, Tarímbaro, Guadalcazar, Congregación de Nuestra Señora de Los Dolores, Angamacutiro, Atoyac, Salvatierra, Tacámbaro, León, Maravatío, Guanajuato y Silao, encontramos ejemplos de este tipo.

---

<sup>44</sup> Litúrgicamente, las procesiones se entienden como el camino que una comunidad transita en busca de Dios. *Ibid*, p. 142. De igual manera, la procesión debe tener otros elementos: "antes de partir se reúne la asamblea estructurada; parte de un lugar determinado, camina con un reglamento preciso y se dirige a una meta bien definida". *Nuevo Diccionario de...*, pp. 1639-1640.

En algunos de estos sitios se hacían varias procesiones durante los días de rogativas que, generalmente, por los novenarios organizados, eran nueve; aunque en algunos curatos sólo se destinaron uno o dos días para las deprecaciones. La procesión salía de la iglesia parroquial, recorría las calles de la ciudad, real de minas o pueblo, visitando las iglesias, hospitales y cofradías entonándose las letanías, el rosario o las trece estaciones. Al entrar en una capilla o iglesia se suspendían y se entonaban cánticos con oraciones a su patrono, luego continuaban con el rezo inicial. En el caso de la villa de León, la procesión se hizo *Intra Claustro*, es decir, al interior de la iglesia.<sup>45</sup> Siguiendo las reglas generales de las procesiones de la época, iban separados el clero y los seglares lo mismo que los hombres y las mujeres; al frente iba la Santa Cruz cargada por el subdiácono y la cerraba el cura que llevaba la custodia del Santísimo Sacramento. Generalmente se realizaban, como disponía la liturgia sacramental, antes de la misa solemne.<sup>46</sup>

Había ocasiones que las imágenes o figuras de mayor devoción en un partido no residían en la iglesia parroquial sino en algún pueblo. Entonces se organizaba una procesión para llevar la imagen a la parroquia, tal como ocurrió en Tlalpujahua cuando se trasladó a ella un bulto de la Virgen de Los Remedios reverenciada en un pueblo cercano y que al parecer opacaba a la propia Virgen del Carmen, al Señor del Monte y al Señor de los Zapateros, imágenes todas veneradas en el Real de Minas y que se tenían por milagrosas;<sup>47</sup> algo parecido ocurrió en Cuitzeo a donde se trasladó un Cristo Crucificado. Una vez que las sagradas imágenes llegaban a la cabecera del partido entonces se organizaba la procesión.

<sup>45</sup> AHCM, fondo: Diocesano, sección: Gobierno, serie: Mandatos/Edictos, caja 80, Exp. 23, 1759.

<sup>46</sup> Serra, Angel, *Manual de Administrar los Santos Sacramentos a los Españoles y Naturales de esta Provincia de los Gloriosos Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán, Conforme a la Reforma de Paulo V y Urbano VIII*, México, Impreso s/r, 1731, p. 86. Este texto se encuentra en la biblioteca "Luis Chávez Orozco", del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana. Aunque este último punto lo dejaba abierto a la posibilidad de que se realizaran después de las misas, dependiendo de la gravedad de la causa y del juicio del sacerdote.

<sup>47</sup> Romero, José Guadalupe, *Michoacán y Guanajuato en 1860. Noticias para formar la Historia y la Estadística del Obispado de Michoacán*, Morelia, Fimax Publicistas, 1972, p. 64.

En algunos partidos se establecieron procesiones comunes. Primero, se llevaban en cortejo las imágenes de cada pueblo de la jurisdicción hasta la cabecera, al llegar a ésta se organizaba una gran procesión encabezada por cada uno de los pueblos con su santo titular, así ocurrió en Zitácuaro. Después venían las archicofradías, la Orden Tercero, las cofradías y finalmente el clero secular; el sacerdote cerraba la procesión con el diácono a su izquierda. De participar las autoridades locales éstas la concluían. Según los informes, el Santo Cristo del Perdón remataba la procesión en Zitácuaro; en Guanajuato y Celaya lo hacían el Cabildo, Justicia y regimiento de la ciudad, tal como se estilaba en las procesiones del Corpus Christi.<sup>48</sup>

Las procesiones de sangre o de penitencia se realizaban en los siguientes curatos: Cerro de San Pedro, Irimbo, Tarecuato, Armadillo, Celaya, San Francisco de los Pozos, Zitácuaro, Jiquilpan, Cuitzeo y Tlalpujahua. En estos actos religiosos, los sacerdotes y muchos seglares utilizaban, como ya hemos señalado, instrumentos de flagelación como las pesadas cruces de madera que cargaban, coronas de espinas, sogas alrededor del cuello, cadenas, grilletes y pencas de nopal, “a manera de unas naguas”.

En cuanto a las reglas generales dispuestas por la jerarquía eclesiástica, es preciso mencionar que había una disposición particular correspondiente al tipo de procesión -de fiesta o rogativas-. Por lo que hace a las rogativas por calamidades públicas, no había muchas variantes en las reglas, sí en el salmo recitado al final de las letanías y en el responsorio; podía pedirse protección contra la sequía, tempestades, peste, carestía, guerra o en “otra cualquiera tribulación”.

Antes de comenzar la procesión se reunía la comunidad a orar a Nuestro Señor Jesucristo. El sacerdote debía estar revestido con sobrepelliz, estola y capa azul que en la liturgia significa el camino hacia lo infinito, o violeta, color asociado a la penitencia. En la iglesia,

---

<sup>48</sup> Cuevas, Mariano, *Historia de la Iglesia en México*, Editorial Porrúa, 1992, tomo III, p. 479; Luis González Obregón, *México Viejo. (Época Colonial). Noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres*, México, Editorial Patria, 1987, pp. 438-439.

arrodillados comenzaban a cantar las letanías de los santos, enseguida iniciaba la procesión. Con paso grave, los creyentes salían del templo en medio del incienso y las velas, coreando las letanías y las preces; si las terminaban antes de llegar a su destino continuaban con los salmos penitenciales. Al entrar a una capilla o iglesia suspendían las letanías y cantaban la antífona, verso y oración del santo patrono. Una vez terminada la visita volvían a entonar las letanías hasta llegar a su destino final.

Los salmos penitenciales que se rezaban eran el 6, 31, 37, 50, 101, 129 y 142, según el *Breviario Romano*. Al llegar la procesión a la iglesia el cura celebraba la misa solemne de rogación. Al final del Evangelio los clérigos predicaban algún sermón o plática que aludía a los castigos divinos por las culpas y pecados del hombre, y la infinita misericordia de Dios para con los pecadores arrepentidos. Concluía la misa y se entonaba la Salve, las preces, las vísperas o la oración de la noche. Algunos curas recordaban a los feligreses el destino escatológico de la historia humana, haciendo reflexiones sobre el juicio final. Ese fue el caso del Br. Juan Antonio de M. del Real de San Francisco de los Pozos, quien después de atemorizar a los feligreses, les dio "...tres pláticas ...explicadas con sollozos y lágrimas pidiendo a voz en cuello a Dios misericordia, señales todas de un arrepentimiento verdadero...". De igual manera, el Dr. Felipe Neri Valleza, cura del Real de Minas de Tlalpujahuá, predicaba "ponderando los castigos que el Todopoderoso (les) preparaba por (sus) culpas persuadiéndonos a que ya estaban muy cerca". No es de extrañar que con pláticas y sermones de este tipo se haya registrado un aumento considerable de penitentes y comulgantes, y es muy probable que también se incrementaran las limosnas piadosas.

En efecto, la mayoría de los informes hablan de un aumento en la piedad popular y las prácticas religiosas. El Br. Joseph Leal, cura de Celaya, menciona que en su partido "se movieron tanto que ...comenzó a venir mucha gente a confesarse y se volvió Semana Santa porque continuó el concurso de los penitentes todos los días siguientes y para



despacharlos estuvieron atareados... quince confesores".<sup>49</sup> Sin embargo, no olvidemos que la gente estaba asustada porque las cenizas del volcán habían llegado a muchos partidos y continuaban los temblores, a ello sumemos las sentencias de los curas desde el púlpito, por lo que es muy comprensible el incremento. A propósito de lo anterior, el cura de Colima Lic. Pascual Francisco Pérez de Ayala mencionaba que, durante las rogativas, el número de comulgantes había llegado a 1,500.<sup>50</sup>

Las misas, novenas, rosarios y demás rogativas estuvieron dirigidas la mayoría de las veces a alguna de las advocaciones de la Virgen María, en especial a Nuestra Señora de Guadalupe. Cabe mencionar que en algunos partidos las rogativas se hicieron a un santo o virgen en particular, pero en otros, sobre todo en los más grandes, se dedicaron a varias devociones. Los conquistadores, los colonos, los funcionarios y los misioneros, fueron los primeros en difundir el culto mariano en el virreinato. En el marco de la efervescencia evangelizadora del siglo XVI, y como había sucedido con las antiguas religiones europeas, el marianismo encontró en los cultos prehispánicos elementos importantes que le servirían para arraigarse entre los indígenas.

Otro punto a considerar, fue la necesidad de criollos y mestizos de fundamentar su derecho a la posesión de la tierra. En la primera mitad del siglo XVII los criollos encontraron en la sacralización del territorio un elemento de gran importancia; era necesario demostrar que la Nueva España también era una tierra bendecida por Dios, "La existencia de portentos y milagros hacía a la Nueva España un territorio equiparable al de la vieja Europa y la convertía en un pueblo elegido. Por tanto, mostrar la presencia de lo divino en su tierra fue para el novohispano uno de los puntos centrales de su orgullo y de su seguridad".<sup>51</sup>

---

<sup>49</sup> Estos tres informes a que hemos hecho referencia se encuentran en el AHCM, fondo: Diocesano, sección: Gobierno, serie: Mandatos/Edictos, caja 93, Exp. 54, 1750-1762.

<sup>50</sup> AHCM, fondo: Diocesano, sección: Gobierno, serie: Mandatos/Edictos, caja 80, Exp. 23, 1759.

<sup>51</sup> Rubial, Antonio, *La Santidad Controvertida*, México, Fondo de Cultura Económica/UNAM, 1999, p. 63.

No es de extrañar que sea precisamente en la primera mitad del siglo XVII cuando se dio la eclosión de los santuarios marianos y la etapa en la que se afianzaron una serie de cultos en la Nueva España. Si hemos de añadir otro epíteto al ya famoso “siglo olvidado de la historia de México” o al “siglo de la depresión”, sería el de “siglo mariano”. La entronización de María como la gran intercesora en la religión católica también se vio reflejada en la Nueva España y sus provincias, ya fuera la Virgen de Guadalupe, la Virgen de los Remedios, la Virgen de Zapopan o la Virgen de la Salud, sólo por mencionar algunas; cada uno de los obispados tenía su advocación.

Por lo general la imagen a la que más se recurrió en busca de protección fue la de la Virgen de Guadalupe, jurada patrona de la Nueva España desde 1737. Después le siguió la Virgen de los Dolores, la de la Concepción, la de los Remedios y la del Rosario, aunque también se recurrió a las advocaciones de la Candelaria, la de Guanajuato, la de la Salud, la de la Luz, la de María Madre, e incluso la Virgen de Santa Gertrudis y la imagen de la Balbaneda. De las representaciones de Cristo, la principal fue la del Santísimo Sacramento, que en cada misa se exponía y a él se elevaban las súplicas; en algunos lugares salió en procesión y en casi todos estuvo expuesto durante un día o dos. En las imágenes y bultos de Jesucristo Crucificado, Nazareno, Eccehomo, Cristo del Perdón, Señor de Santa Veracruz, Crucificado del Socorro y la del Sagrado Corazón, también encontraron consuelo los fieles y penitentes.

De entre los santos, patriarcas y ángeles, San José fue el más apreciado, aunque eran invocados San Francisco de Asís, San Miguel, San Nicolás de Tolentino, San Nicolás Obispo, Señor de los Hipólitos, San Felipe de Jesús, San Ignacio de Loyola, San Pedro y Santo Domingo.

Coincidencia o no, el volcán reventó el día señalado por las profecías, robusteciendo la creencia popular que asignaba un origen sobrenatural a las catástrofes naturales. Se creía que éstas eran producto del estado de ánimo de Dios, predispuesto por las buenas o malas acciones de los hombres. En Europa, cuatro años antes del surgimiento del Jorullo, el 1° de noviembre de 1755 hacia las 9:40 de

la mañana, un fortísimo terremoto sacudió Lisboa. En menos de 15 minutos (tiempo en el que se dejaron sentir tres fuertes temblores acompañados de un gran incendio - que duró 5 ó 6 días- y el desbordamiento del río Tajo), la capital portuguesa había quedado casi destruida. Ese terremoto fue uno de los primeros que se estudiaron con rigor científico, sin mezclar a Dios. No había razón lógica para entender el por qué de la "ira divina", tampoco para creer que éste era el universo armonioso dispuesto por Dios en el que todo tenía una razón de ser. Estas ideas serían satirizadas por Voltaire en su novela *Cándido*, del mismo modo serían cuestionadas ciertas teorías que atribuían a los sacerdotes poderes especiales y a las prácticas religiosas la posibilidad de solucionar los desastres naturales.

En el caso de Jorullo, transcurrirían algunos años antes de que se le diera una explicación científica. Paradójicamente sería el fraile Francisco de Ajofrín, quien había recorrido la Nueva España hacia 1764 y visitado el volcán, el que trató de explicar el fenómeno. Según éste, todo parecía indicar que se habían tapado u obstruido algunos conductos o respiraderos del volcán de Colima y que "no teniendo por donde desahogar sus materias ígneas y sulfúreas, andaban vagando con estruendo para hallar... libertad, lo que ocasionó terremotos, ruidos subterráneos... hasta que reventó su furia por Xorullo".<sup>52</sup>

Años después, en marzo de 1789, el intendente de Valladolid de Michoacán encabezaría un reconocimiento del volcán, aunque no aportó ninguna explicación científica. No fue sino hasta que Alejandro de Humboldt visitó el volcán (1803), cuando quedó claramente explicado su origen. El viajero alemán se dio cuenta, por la estructura del terreno circundante y los elementos que lo componen, de que "en tiempos muy remotos esta comarca ha sido vuelta de alto a bajo muchas veces por volcanes" y de que había surgido sobre una grieta que cruzaba la Nueva España de este a oeste en el paralelo comprendido entre los 18° 59' y los 19° 12' de latitud, "línea en la que

---

<sup>52</sup> Ajofrín, Fray Francisco de, *Op.Cit.*, p. 108.

se encuentran ubicadas las montañas más altas del Anáhuac, las cuales son volcanes activos o apagados”.

Si bien el Jorullo fue utilizado por el clero secular como una forma de mantener el control sobre el común de las personas y acrecentar su prestigio, tal como se advierte en algunas cartas pastorales y de religiosos, por otra parte, también fue un incentivo para el desarrollo de la ciencia moderna. Es de destacar cómo una catástrofe natural provocó la consolidación y/o aumento de ciertos cultos en el obispado. Finalmente, conviene reproducir una frase expresada por el dueño de la hacienda y que de alguna manera muestra la mentalidad de la época, el providencialismo en la vida del hombre: *dominus dedit, Dominus abstulit sit nom Domini benedictum* (Dios lo da, Dios lo quita, bendito sea el nombre de Dios).

Recibido 7/IX/2001  
Aceptado 4/III/2002

